

Vélez, Mauricio (2006) *El pórtico de Jenófanes*. Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, 204 pp.

Juan Carlos López Díez  
calopez@eafit.edu.co

Un jueves temprano, a comienzos de un nuevo milenio en el que no se había decretado el final del mundo, un grupo de ‘universitarios’ se aprestaba a atender una invitación a una reunión. Entre los convocados se hallaba la cabeza máxima de la Universidad, un colectivo de profesores interesados en el tema, algunos funcionarios de apoyo administrativo, dos egresados de esos que nunca dejaron físicamente su Alma Máter, el pleno del Comité de Dirección, un empresario retirado, y hasta un muchacho del área de servicios generales y una secretaria que en las noches y fines de semana adelantaban su carrera en otra institución de la ciudad.

La convocatoria, orquestada bajo mecanismos informales, tenía lugar en una casa de retiros espirituales del ‘2º piso de la ciudad’, a casi 3.000 metros de altura, alejados del ruido industrial y del intratable tráfico automotor. Era una casa habitada por monjes de retiro a los que se oteaba a no menos de treinta metros; el grupo se preparaba para un retiro, en esta oportunidad académico, de 72 horas, hasta el sábado después del almuerzo cuando se intentaría un balance y una agenda para el día después.

Varios iban armados de alguna obra en la que un ‘clásico’ había filosofado sobre la educación; se había repartido un documento de la UNESCO; eran igualmente parte de los ‘insumos’, dos *websites*: un portal que de tiempo atrás se había vuelto asunto de tertulia de café por sus investigaciones sobre las tecnologías en el mundo posindustrial, el otro portal era un sitio en el cual, semanas previas al encuentro, los contertulios se hacían lenguas porque despertaba jocosas polémicas y cierta hilaridad. Se trataba de la página [www.la letraconsangreNOentra.edu](http://www.la letraconsangreNOentra.edu).

El marco servía de ambientación al hecho de discutir y debatir bajo unas reglas diferentes –es decir, bajo ninguna regla diferente a la de renunciar a los beneficios del mundo de las telecomunicaciones– las memorias escritas por un profesor estudioso (había que refrendar el epíteto) que se disfrazó un tiempo de directivo universitario. Arropado en la indumentaria del filósofo Jenófanes en

el título de la obra, el agregado o subtítulo *O sobre la educación* les dio pistas a todos aquellos que habían querido reunirse, bajo el amparo de una edificación colonial empotrada en la cordillera, para discutir, sin caer en extremos apocalípticos, el hecho de prospectar si la institución universitaria tendría futuro en la nueva sociedad tecnocrática.

Fue así como se pensaron y debatieron encendidamente, a instancias de *El Pórtico*, asuntos como el rol del profesor, del estudiante, del estudioso; oficios como los de leer, escribir, interactuar; especies en vías de extinción como la escucha; nuevas dimensiones del encuentro entre personas, convocado por la pasión frente a algún asunto.

De cara a los maestros griegos, se advertía el aparato metodológico que había instigado las reflexiones del autor: la preguntología de Sócrates y el método de caminar sin dirección, pero con las neuronas a tope, aquél de Aristóteles, el bellamente llamado método *peripatético*. No faltó quien preguntara si la inundación de motores de combustión no había destruido el método milenario de pensar como seres bípedos, que no rodantes.

Un participante, obseso de las estadísticas y los datos curiosos, llamó la atención sobre cómo la página 23 del libro contenía 17 preguntas y la siguiente casi 20, inquisiciones que iban desde lo más sencillo y lapidario hasta elaboraciones de un párrafo con paréntesis e interjecciones.

Uno más dijo, no sin dejo de ironía, que endosaba al portador las potencialidades del texto, pero advirtiéndole a cierto tipo de lector que debía prepararse para sobreaguar en las estructuras sintagmáticas, los juegos del lenguaje y, a veces, la exacerbada resemantización; señaló, con veneno, si era necesario definir los semáforos como “parpadeos intermitentes y monótonos de esos vigías verticales del flujo”; la mitad de la sala prorrumpió en una carcajada.

Estos momentos de solaz se imponían como terapéuticamente necesarios, ya que una pregunta ponía de presente algo que atravesaba la razón de ser de los allí presentes: ¿Será procedente encargar un *réquiem* por la Academia, dados los síntomas que algunos se resistían a reconocer como si fuese la negación ante la muerte inminente de un ser querido? La “arritmia” que afectaba la Educación, el despliegue de una razón escindida de sentimientos; la pérdida de la capacidad de asombro; el profesor como portaestandarte de una verdad

cualquiera, el estudiante pagando una pena en una jaula y marcando distancia frente al rol de estudioso, la actitud “displicente, perezosa y perjudicial” de algunos profesores.

\*\*\*\*\*

Hasta aquí la puesta en escena. El modo como se ha pretendido reseñar este libro emergió de una situación personal como lector. A partir de la multiplicidad de razones por las cuales Jacobo –personaje central de este ensayo-ficción– lee, verbigracia, desde las más trascendentales y metafísicas como posibilidad de acrecentar el espíritu, hasta las razones más puramente materiales como conciliar el sueño, cualquier lector podría indagarse: ¿Para qué sirve un libro? ¿Para qué podría servirnos *El pórtico de Jenófanes*? Si dentro de las doce razones de Jacobo no se acomoda un posible lector, se me ha ocurrido una más poderosa que el pudor de Jacobo le impediría revelar: pensar la Universidad y la Institución Educativa de cara a una supervivencia con un nuevo sentido, no atrincherada en una tradición que le dio vida.

Es, en suma, el potencial de uso que hemos advertido en el libro, un cimbronazo para socavar los cimientos de las instituciones educativas, y activar la alerta temprana para que reinventemos y repensemos su papel frente al conocimiento; su producción y recreación, su puesta en escena, sus maneras de trasegar con él, de reconstruirlo o de legitimarlo.

Sería osado afirmar que un evento en el que se piense la Universidad haya sido el sueño de Jacobo; pero sí fue el de un lector cualquiera, uno inmerso en la Academia.